

El tradicionalismo en la arquitectura española

Tratar de investigar los rasgos fundamentales de nuestra historia arquitectónica, las modalidades más inmutables de ella que han ido resistiendo el paso de tantos estilos y siglos, es labor utilísima, aunque muy arriesgada. De ~~ese~~ estudio podríamos deducir un cierto número de cualidades comunes a todas sus épocas, que constituirían la esencia más interna de lo que el pueblo español aportó de características esenciales y permanentes, a un trabajo tan colectivo como ha sido el de la arquitectura. Y el conjunto de *maneras* de reaccionar nuestra raza respecto a los problemas constructivos, sería la enseñanza más fecunda que podría darnos el pasado, por servirnos de punto de partida y apoyo firme de un movimiento progresivo.

Una de esas características más aparentes de nuestra arquitectura ha sido su tradicionalismo, entendiendo por tal, el apego a las viejas formas y procedimientos empleados anteriormente, la repugnancia a abandonar las ya asimiladas al acervo nacional, su permanencia a través de épocas y estilos muy diversos.

El suelo español, hasta la edad moderna, fue uno de los extremos del mundo civilizado. A él han ido llegando los movimientos artísticos, no como a tierra de paso encargada de asimilárselos y difundirlos, sino como a etapa final en la que mueren. En nuestro territorio de regiones tan distintas, con montañas elevadas, con cauces fluviales hondos y torrenciales, con una extensa meseta central separada por altas sierras de las comarcas a la orilla del mar —del civilizador camino del mar por el que se establecen frecuentes relaciones con otros pueblos— era imposible conseguir una rápida infiltración artística de formas nuevas. Si un pequeño número de villas y ciudades de la España Central han estado en constante relación con el resto del mundo civilizado, infinidad de españoles que habitan grandes extensiones de terreno, del páramo, de la montaña, de los valles formados por las estribaciones de las numerosas sierras, han vivido —y viven— excéntricamente, apartados de todo tránsito, conservando celosamente sus antiugos usos y costumbres, con el espíritu cerrado a todo lo que es cambio, mudanza, rápido fluir de la vida que cada hora trae nuevas inquietudes e ideas nuevas.

La historia de la arquitectura española lleva en sí ese dualismo. Hay a través de toda ella una minoría de reyes, príncipes, magnates, intelectuales y artistas, que recogen y propagan en nuestro suelo los movimientos exteriores. Son, desde la alta edad media, los monjes andaluces emigrados de

Córdoba, foco intenso de cultura, los que llevan a las regiones cristianas, en el siglo x, un arte tan refinado como el mozárabe. Anteriormente, bajo el patronato de Ramiro II, habíanse construido en Asturias los edificios de Lillo, Naranco y Lena, en los que están apuntadas formas posteriores y que se nos aparecen hoy día envueltos en un atrayente misterio, sin precedentes ni consecuencias directas, como un islote de nuestra arquitectura. Más tarde los monjes de Cluny y el Císter, guardadores de la máxima cultura de su tiempo, traídos y amparados por nuestros reyes y magnates, propagan en España la arquitectura románica y construyen las primeras bóvedas de crucería. Por no hacer este examen demasiado extenso, sin detenernos en otros movimientos, citaremos finalmente la arquitectura del Renacimiento, difundida en nuestro suelo por familias nobles, como la de los Mendozas, gentes entusiastas de la cultura clásica, artistas extranjeros llamados por ellos y españoles a quienes la salida de nuestra patria había abierto nuevos horizontes.

De todas estas corrientes artísticas, muchas de ellas no consiguieron penetrar en la entraña del pueblo español, casi siempre aparte y sin relación alguna con la minoría culta y refinada. Y cuando penetraron, adquiriendo carta de naturaleza en algunas regiones de nuestro suelo, arraigáronse en ellas de tal manera que luego fueron comarcas cerradas a movimientos posteriores. Así el arte *ramirense* y el mozárabe tuvieron vida breve, sin ulteriores consecuencias, por no haber llegado a difundirse en los cauces populares. No fue otra la suerte del llamado *asturiano*, formado bajo regio patronato. La arquitectura románica, en cambio, alcanzó plena difusión, tal vez por la inquieta vida de la España de entonces y por la elasticidad de sus fórmulas, que lo mismo se prestaban a grandes monumentos que a modestísimas iglesias rurales. Más tarde la arquitectura ojival tuvo que luchar durante mucho tiempo con ese arte románico, ya compenetrado con nuestro pueblo. Regiones hay en él, en las que entró, en muy pequeña proporción y las formas románicas siguieron imperando hasta el siglo xv —tales algunas comarcas de Galicia, de Segovia, etc.—. En otras, la arquitectura del ladrillo, tan popular, no permitió la intromisión del arte gótico, y cuando algún monumento se hizo de este estilo, vivió aislado y fue como obra lejana sin influencia alguna; recordemos la catedral de Toledo rodeada de iglesias mudéjares coetáneas. Para terminar, citemos entre los muchos casos de tradicionalismo, las numerosas iglesias góticas construidas en la segunda mitad del siglo xvi, la supervivencia de yeserías y armaduras mudéjares en Castilla hasta bien entrado el xvii, el empleo de las bóvedas de crucería en iglesias de las Provincias Vascongadas y Santander hasta principios del xix, el revoco segoviano usado desde hace más de quinientos años.

Este tradicionalismo, este apego a las formas usadas, esta resistencia a la asimilación de las nuevas, ¿será un factor vital y, por tanto, aprovechable para nosotros los arquitectos españoles del presente, o será, por el contrario, una tendencia malsana de nuestro espíritu, de la que debemos emanciparnos? ¿Cultivaremos amorosamente la tradición, seguiremos marchando por el camino ya trazado, huiremos de influencias exóticas? O, por el con-

trario, desprendiéndonos del pasado, ¿abriremos el espíritu a toda nueva tendencia, a todo movimiento moderno, por extraño que sea a nuestra raza y a nuestra tradición?

Preguntas difíciles de contestar... Tal vez el arquitecto que más influido esté por el arte extranjero, al ir a trazar un edificio con la memoria llena de formas exóticas, sin darse cuenta, inconscientemente, continúe la tradición nacional. Bajo las formas alienta el espíritu y si aquéllas son extrañas, éste puede ser intensamente castizo.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS
Arquitecto

Arquitectura.
Octubre, 1918